

del sol, gastando el tiempo en orar, incensar y sacarse sangre de las orejas. Si á alguien se dormía, arrojábanse sobre él, le rompían el incensario, tiraban sus ropas á las letrinas, y punzándole cruelmente las orejas le echaban la sangre sobre la cabeza afrentándole como indigno de servir á los dioses. Los veinte dias siguientes la penitencia era ménos cruenta, el sueño algo mayor, hasta que llegada la fiesta cesaba el padecer. (1)

Los sacerdotes mexicanos se sacaban sangre de las espinillas de las piernas, y las cañas ó espinas ensangrentadas iban á ponerlas en las montañas y en las cuevas, sobre un lecho de hojas saliendo desnudos y de noche. Los hombres en general hacían ostentacion de la sangre que se sacaban de las orejas, poniéndose una raya de la ceja á la quijada; las mujeres se untaban el rojo licor al rededor del rostro. "Las mujeres tenían devocion tambien de ofrecer esta sangre por espacio de ochenta dias, cortábanse de tres en tres dias, ó de cuatro en cuatro dias todo ese tiempo. (2) En ciertas ocasiones no escapaban de estas prácticas dolorosas ni áun los niños de más corta edad. Aquella supersticion conducía á actos terribles de barbarie. Algunos hombres se horadaban la piel del genital sacándose por el horado veinte ó cuarenta brazas de cordel; (3) en ocasiones se reunían varios hombres, y simultáneamente iban tirando del cordel. El derramamiento de sangre y la crueldad de los martirios presidían en estas prácticas salvajes.

Tras aquellos sufrimientos seguían casi siempre los placeres de la mesa, como una especie de indemnizacion; gran cantidad de comida y la bebida del pulque les daban fuerzas para seguir maltratándose el cuerpo. Por eso entre las oblaciones se tenía por una de las más aceptas, ofrecer en los templos platos de viandas condimentadas; los dioses se contentaban con el olor, y los sacerdotes devoraban las sustancias en nombre de los números inmortales.

(1) Motolinia, trat. I, cap. XI.—Mendieta, lib. II, cap. XVIII.
 (2) Sahagun, tom. I, pág. 214.
 (3) Mendieta, lib. II, cap. XV. Motolinia, trat. I, cap. IX.

CAPÍTULO VIII.

Sacrificios.—Tlachtli.—Sacrificio ordinario.—Otra clase de sacrificios.—De niños.—Tlacaxipehualiztli.—Temalacatl.—Cuauxicalli, Huipilli Cuauhtlehuatl ó vaso del sol.—Teocuanhxicalli.—Impresion de la mano abierta.—Cuauhxicalli de Tizoc.

LA parte capital del culto azteca eran los sacrificios. Las codornices, langostas, mariposas y culebras apostaron con los dioses en Teotihuacan por donde saldría el sol, y habiendo perdido fueron condenadas á ser sacrificadas. (1) Las codornices, entre los animales, hacían papel principal. Los sacerdotes recibían al sol á su salida con música y alabanzas; cada uno de ellos arrancaba la cabeza á una codorniz, mostrándola sangrienta al astro en señal de holocausto. Las aves muertas servían de pasto á los ministros. (2) En la fiesta de Tezcatlipoca, el rey arrancaba la cabeza á cuatro codornices, tirándolas á los piés del dios; en seguida los sacerdotes practicaban el mismo sacrificio, y luego todo el pueblo; el gran número de aves muertas era recogido por los criados del rey, quienes cocían ó asaban una parte para la comida del señor y de los ministros, salando el resto para que se conservara como cosa sagrada. (3) Huitzilopochtli tenía tambien consagrados como víctimas, codornices y gavilanes. Se ofrecían á Mixcoatl conejos, venados y coyotes. Á diversas divinidades toda clase de animales, así bravos como domésticos, sin olvidar los peces y vivientes acuáticos. (4) Segun una

(1) Torquemada, lib. VI, cap. XLII.
 (2) Torquemada, lib. IX, cap. XXXIV.
 (3) Torquemada, lib. X, cap. XVI.
 (4) Torquemada, lib. VI, cap. VI.

respetable opinion,—“Las aves que á sus dioses ofrecían, pocos las comían, antes las echaban á mal.” (1)

En materia de sacrificios, como en todo su sistema religioso, los aztecas reunían lo practicado por los diversos pueblos. A la simple ofrenda de las flores y de los frutos hecha á Coatlicue y á Centeotl, restos de los cultos primitivos, juntaban como víctimas, ya la codorniz de origen chichimeca, ya los otros animales reminiscencias de los habitantes del antiguo Teotihuacan. Para colmo de monstruosidad presentaban también la víctima humana. La historia declara á los méxica culpables de este invento. En efecto, la mención auténtica que hemos encontrado en las pinturas de esta práctica feroz, corresponde á la primera parte de la peregrinación de la tribu. ¿Fueron ellos los verdaderos inventores del crimen, ó lo imitaron de pueblo más antiguo? Nada podemos asegurar con absoluta certeza. El instinto homicida, que en más de una vez dejaron traslucir en las mansiones de su viaje, fué parte para que las tribus les arrojaran de sus poblaciones y les persiguieran por la guerra; el sacrificio de los prisioneros chalqueses y el de la hija del señor de Colhuacan, determinaron su salida fuera del valle y su ausencia por muchos años. Fundada la ciudad de México, la sangre de un prisionero colhua sirvió para inaugurar el humilde momoztli de Huitzilopochtli. En los años de esclavitud y de desdicha, el dios hubo de contentarse con alguna víctima furtivamente tomada en la tierra firme; mas cuando la tribu rompió el yugo y se hizo poderosa, la religión secundada por la venganza encontró amplia cosecha en los prisioneros enemigos. Hecho público aquel rito, introducido á fuerza de armas en todos los pueblos sojuzgados, el número de las víctimas aumentó proporcionalmente al poderío del imperio. Gústase la sangre y es bebida embriagante; el colmo del frenesí subió, en la dedicación del templo mayor, reinando Ahuitzotl. Llegada la idea á su punto culminante, había esperanzas al ménos de que iría disminuyendo en intensidad.

De dos clases salían víctimas humanas, de los esclavos y de los prisioneros de guerra. Los esclavos que por tres ó cuatro veces habían mudado de amo, á causa de haber huido ó de su genio intolerable, eran vendidos para el sacrificio: (2) los donaban

(1) Mendieta, lib. II, cap. XV.

(2) Torquemada, lib. XIV, cap. XVII.

á los templos sus dueños, ó los compraban los devotos con el mismo fin. Las madres vendían á sus niños de pecho para ofrecerles á los tlaloque, con el derecho que los padres tenían de vender á sus hijos caso de necesidad: se vislumbran algunos otros casos, aunque bien pocos, en que personas libres sucumbían sobre las aras. Abundaban en los mercados, *tianquiztli*, los esclavos de venta. En cada fiesta perecían tantos cuantos eran los númenes honrados en ella; pedía el rito que cada una representara al dios á que estaba consagrado, y al efecto moría con el vestido, insignias y arreos correspondientes: (1) la piedad ofrecía algunas otras víctimas.

“Mas débese notar que lo sobredicho en el precedente capítulo, que tantos esclavos mataban y sacrificaban en una fiesta, cuantos de [sus dioses venían á caer en ella, se entiende de los esclavos de venta: y esto era sacrificando hombres ante los dioses y mujeres delante las diosas, y á veces niños. Mas de los esclavos tomados en guerra, todos los que á la sazón tenían, sacrificaban y mataban, aunque fuesen mil, puesto que en diversas fiestas diversas ceremonias hacían con ellos. Y para no sentir tanto la muerte, les daban cierto brebaje á beber, que parece los desatinaba, y mostraban ir á morir con alegría.” (2) Cuando el imperio estaba en paz y sobrevénía alguna solemnidad que pidiera gran número de víctimas, como en la coronación de los reyes, se emprendía una guerra bajo los más fútiles pretextos. Para tiempos normales, á fin de proveer á los dioses de carne fresca, concertaron los tres reinos coligados de México, Texcoco y Tlacopan por una parte, la república de Tlaxcalla, la ciudad teocrática de Cholollan y el estado oligárquico de Huexotzincó por otra, aquella célebre guerra mensual denominada *Xochiyaoyotl*, guerra florida, guerra religiosa ó de los enemigos de casa, en la cual recíprocamente se suministraban víctimas en cada una de las diez y ocho fiestas principales que al año tenían. En su lugar respectivo daremos pormenores acerca de este raro pacto.

Los sacrificios de víctimas humanas eran de diferentes clases, existiendo diversas piedras á ellos destinadas. Para el sacrificio

(1) Motolinia, trat. 1, cap. VI. Mendieta, lib. 11, cap. XV y sig.

(2) Mendieta, lib. II, cap. XVI.

comun la piedra se llamaba *techcatl*. Era un trozo de roca verde, de unos seis piés de largo, una tercia de ancho y de altura como hasta la cintura de un hombre, disminuyendo de alto á bajo en forma piramidal hasta rematar en un pequeño espacio; la figura estaba apropiada para que la víctima tendida de espaldas encima, quedara con las piernas, brazos y cabeza colgantes, levantado en arco el pecho y bien tirante la piel. (1)

Los ministros oficiantes eran seis; cinco destinados á tener los brazos cabeza y piernas, y el último el sacrificador. Aquellos tenían cuerpo y rostro pintado de negro, con una raya blanca al redor de la boca, las cabelleras erizadas y revueltas, ceñidas en la frente con una banda de cuero, que en la parte superior tenía una pequeña rodela de papel de diversos colores; vestían unas dalmáticas blancas, labradas de negro, á las cuales llamaban *papalocuachtli*. El nombre de los ministros era *chachalmeca*, como quien dice, ministro de cosa divina. En cada una de las fiestas cambiaba de nombre y de traje el sacrificador; en la de Huitzilopochtli se nombraba Topiltzin, sinónimo de Quetzalcoatl. "El traje y "ropa era una manta colorada á manera de dalmática, con unas "flocaduras verdes por orla, una corona de varias plumas verdes "y amarillas en la cabeza, y en las orejas unas orejeras de oro "engastadas en ellas piedras verdes, y debajo del labio un bezo- "te (2) de una piedra azul." Preparada la víctima segun las pres-

(1) P. Duran, cap. III. MS. Motolinia, trat. 1, cap. VI. Sahagun, tom. I, pág. 198. Gomara, cap. CCXV. Acosta, lib. V, cap. XIII. Herrera, dec. III, lib. II, cap. XV. Torquemada, lib. VII, cap. XIX. El P. Valades, Rhetorica Christiana, Pars quarta, cap. VI, dice: "In majore horum adytorum locata erat mensa quadrata magna et splendida, habebant singula latera longitudinem trium ulnarum, non absimiles lapideis illis, que inter Romana monumenta adhuc servantur: nisi quod erat unicoloris, singuli anguli erat crassi tres ulnas plus minus, subnitebantur quatuor animalibus, tanquam columellis. Conscendebatur ad eas per gradus viginti, qui tamen vel plures vel pauciores interdum erant. Erant ejusmodi scalæ appositæ ad singula quatuor latera." Esta mesa cuadrada de tres varas por largo, sustentada por cuatro animales y con otras tantas escaleras para subir á ella, estaba destinada al dios del vino Ometochtli, en el sacrificio que se le hacía en la octava trecena del Tonalamatl, segun testimonio de Gama, segunda parte, pág. 48, § 123, nota.

(2) El nombre propio es *tentell*, de *tentli*, labio, y *tell*, piedra, porque se usaba en un horado hecho en el labio inferior. Generalmente era de figura cilíndrica, teniendo en un extremo un apéndice convexo propio para adaptarse por aquella curvatura á los dientes; el otro extremo salía por el horado del labio, recibiendo un plumerito de plumas de colibrí para hacerlo vistoso. Esta forma se conoce vulgar-

cripciones del rito, cuatro de los oficiantes la tomaban de los brazos y piernas, y alzándola en alto la colocaban de espaldas encima del *techcatl*; el quinto ministro le ponía sobre el cuello una collera de madera, (1) á fin de mantener colgante la cabeza, y tal vez para hacer refluir la sangre hácia el pecho. Pronunciadas las oraciones rituales, el sacrificador, armado de un agudo cuchillo de pedernal (*tecpatl*, sílex), se adelantaba, hería sobre el pecho, metía la mano por la herida, y arrancando el corazón palpitante, sangriento, exhalando vaho, levantaba la mano ofreciéndole al sol, y luego le tiraba á los piés del ídolo. (2)

Respecto del corazón observaban muy diversas prácticas: quemábanle á veces y otras le colocaban sobre el altar en una vasija llamada *chalchihucalli*; ya le enterraban, ya se le comían los sacerdotes, ó bien le conservan por algun tiempo con extrañas ceremonias. Con la sangre recogida en un vaso, untaban los labios de los ídolos para que la gustasen, y tenían con ella ciertas partes de los santuarios y de los templos.

La víctima era arrojada por las gradas del teocalli abajo. Si era prisionero de guerra, el cautivador con sus amigos la recogían, y llevándola al calpulli la destrozaban; enviaban la cabeza á los sacerdotes para que fuera colocada en el Tezompantli, el resto del cuerpo se conducía á la casa del dueño. Del cadáver se comían las partes carnosas; los desechos y las entrañas se arrojan á las fieras. Hecha trozos la carne, la cocían con maíz, y á cada convidado daban una escudilla con un pedazo y su caldo correspondiente: llamaban á la comida *tlacatlaolli*. El convite era regocijado, terminando con alegrías y bebida de *octli*, pulque. "El señor del cautivo no comía de la carne, porque hacía cuenta "que aquella era su misma carne, porque desde la hora que le cautivó, le tenía por hijo, y el cautivo á su señor por padre; y por

mente bajo la denominacion de *sombreritos*, porque se parecen á los de copa alta. Algunos rematan en punta, y otros asemejan un diente canino. Los más prolongados y de berilo eran de reyes y grandes señores; los azules de los sacerdotes; los de obsidiana de los guerreros; los de cristal de roca de la servidumbre real.

(1) Esta pieza, llamada por los autores collera y el yugo, era de madera ó de piedra, labrada curiosamente y en forma á veces de culebra.

(2) Durán, segunda parte, cap. III. MS. Motolinia, trat. 1, cap. VI. Torquemada, lib. VII, cap. XIX, &c.

“esta razon no quería comer de aquella carne, pero comía de la “de los otros cautivos que se habían muerto.” (1)

En honra de la verdad debe decirse, que ese banquete no era un acto de puro canibalismo. Los méxica comían de aquella carne como de una sustancia mística, en virtud de la trasmutacion que la víctima había sufrido en el sacrificio. Un autor nada sospechoso dice: “Luego tomaban al sacrificado y volvíanselo á su “dueño, con la carne del cual solemnizaban la fiesta, la cual carne de todos los sacrificados tenían realmente por carne consagrada y bendita, y la comían con tanta reverencia y con tantas ceremonias y melindres, como si fuera alguna cosa celestial, y “así la gente comun jamas la comía, sino allá la gente ilustre y “muy principal.” (2) Infírese de aquí el sentido religioso que los azteca daban á la carne de la víctima. Prueba ademas, que la práctica de comer la carne humana no era universal, supuesto que aquella vianda sólo se repartía á la gente ilustre y principal, al dueño del esclavo y al guerrero cautivador del prisionero con sus amigos y parientes, únicos que podían alcanzar una fraccion de la víctima inmolada. Si quien daba el festin tenía posibles, repartía á sus comensales mantas y joyas. Con el esclavo sacrificado se procedía de manera idéntica, aunque con menor solemnidad que con el preso en guerra. (3)

En el teocalli mayor de México los *techcatl* eran dos, cada uno frontero de los dos santuarios de Huitzilopochtli y de Tlaloc, y tan cerca de la escalera que con facilidad se podían arrojar por ella los cadáveres; de aquí resultaba, que del tajon hasta abajo había constantemente un regajal de sangre. (4)

En el mes Hueytecuilhuitl, la mujer que representaba á la diosa Xilonen, cargada espalda con espalda por un sacerdote era degollada, le sacaban el corazon y le ofrecían al sol. (5)

En la fiesta de Tlaloc hacían morar juntos, por espacio de veinte ó treinta dias, á un esclavo y á una esclava cual si fueran marido y mujer; los sacrificaban, y los cadáveres eran enterrados en una hoya á manera de silo que en el templo tenían. (6)

(1) Sahagun, tom. I, págs. 89 y 93.

(2) P. Durán, segunda parte, cap. X. MS.

(3) Motolinia, trat. I, cap. VI. Torquemada, lib. VI, cap. XIX.

(4) P. Sahagun, tom. I, pág. 198.

(5) Sahagun, tom. I, pág. 61.

(6) Motolinia, trat. I, cap. VI. Torquemada, lib. VI, cap. XX.

En el tiempo en que habían brotado los maizales sacrificaban dos niños, uno hombre y otro mujer, hijos de señores y principales, llevándoles á la montaña de Tlaloc, cortándoles la cabeza y conservando sus despojos en una caja de piedra como si fueran reliquias. En el mes Atlacahualco sacrificaban en los montes niños de pecho comprados á sus madres. En el mes Atemoztli sumergían en el lago un niño y una niña, haciendo zozobrar la canoita en que les colocaban. Cuando el maíz estaba un poco crecido, compraban cuatro niños de cinco á seis años de edad, y encerrábanles en una cueva, dejándoles morir de terror y de hambre. (1)

La fiesta de Tlacaxipehualiztli, desollamiento de hombres, se hacía á honra de aquella trinidad representada por Totec, Xipe y Tlatlahuquitezcatl, y era universal, así en las grandes ciudades como en los pequeños pueblos. Cuarenta dias ántes cada templo de los *calpulli*, barrio, nombraba el esclavo que representaba el dios, tributando á todos honores divinos. El dia de la solemnidad, bien temprano, sacrificaban aquellos esclavos con las insignias de los principales dioses como Huitzilopochtli, Quetzalcoatl, Macuilxochitl, &c., arrojando las víctimas en el lugar dicho Zaccapan, sobre la paja ó zacate. Carniceros diestros tomaban los cadáveres, y abriéndoles por la espalda, del colodrillo al calcañar, separaban la piel, tan entera cual si fuera de un cordero; daban la carne al dueño del esclavo, y los pellejos los vestían otras tantas personas, las cuales se las acomodaban á raíz del cuerpo, poniéndose encima las ropas de los dioses que los esclavos habían traído. En esta guisa, aquellos hombres representaban á los númenes, se repartían hácia los cuatro puntos cardinales, y en señal de su poder llevaban asidos como presos algunas personas: esta ceremonia se llamaba *neteotoquiliztli*, reputarse por dios. Poco despues reunían aquellas divinidades y las ataban una con otra ligando la pierna izquierda del uno con la derecha del otro, del pié á la rodilla, y así paseaban aquel dia, sustentándose los unos con los otros como mejor podían. Estas prácticas tenían por abjeto simbolizar, que todos los dioses no eran mas de uno solo, “que todo era un poder y una union,” (2) en

(1) Motolinia, trat. I, cap. VII. Torquemada, lib. VII, cap. XXI. Sahagun, tom. I, pág. 84.

(2) P. Durán, segunda parte, cap. IX. MS.